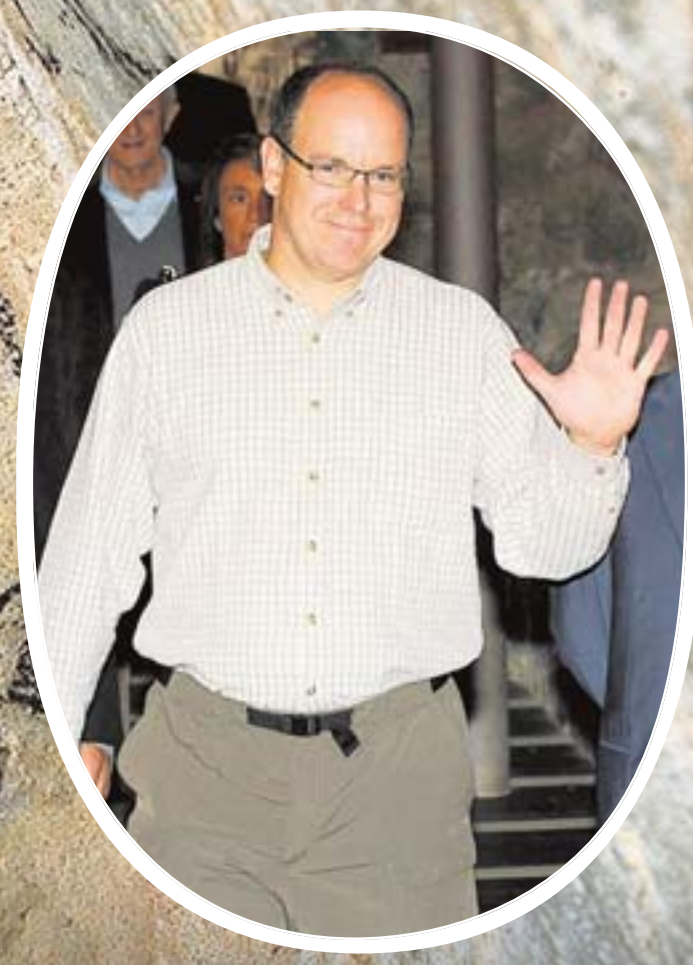
DV
29.09.10

LOS MAPAS DE CARRETERA SIGUEN MANDANDO PESE AL EMPUJE DEL GPS P4

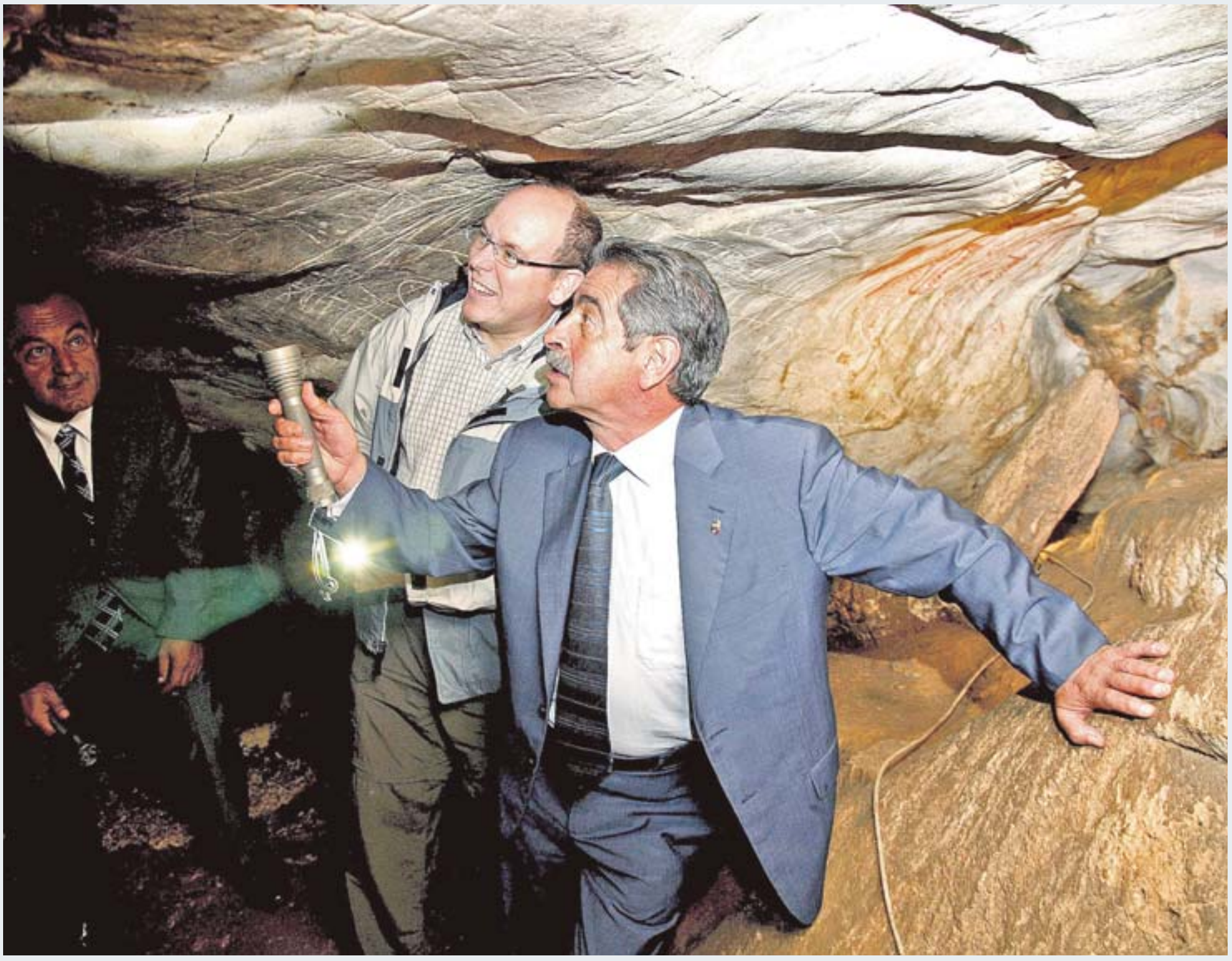
«JAMÁS HE ABANDONADO A MI FAMILIA», DICE UN DOLIDO ESPARTACO P8

CITA CON LA HISTORIA EN CANTABRIA

Alberto II de Mónaco recorrió ayer los pasos de su tatarabuelo, Alberto I, en las cuevas rupestres de El Castillo, en Puente Viesgo.



100 años después, en la cueva de los Príncipes de Mónaco



Un Grimaldi vuelve a las cavernas

Alberto de Mónaco visita las cuevas de Puente Viesgo, cuya exploración pagó su tatarabuelo

Alberto II de Mónaco sabe lo que es una cueva. No había más que verle ayer, a la entrada de El Castillo, en las afueras de la localidad cántabra de Puente Viesgo. Gruesos zapatos de suela negra con cierre de velcro, camisa de algodón a cuadros y pantalón térmico de travesía. Por encima, un anorak azul y gris. Como un especialista. Nada que ver con los atuendos del resto de la comitiva, la mayoría ataviados con corbata, trajes grises y azules y zapatos con suela de material.

En el interior de la caverna, subrayan las guías, hay 14 grados de temperatura y un 99% de humedad. El relente se cuela por los pies, asciende por las pantorrillas, se hace fuerte en los riñones, congela al despistado y convierte la visita a este templo de la historia del hombre en un auténtico suplicio. Alberto de Mónaco, acostumbrado a vestir chaqué y esmoquin en las estancias monegascas y en el Baile de la Rosa, es también un experto en Paleontología que rastrea por el mundo la huella exploradora dejada por su tatarabuelo, el príncipe Alberto I.

«Muy emocionado». Con esas palabras resumía Alberto de Mónaco, a preguntas de este periódico, el estado de ánimo con el que abandonaba el mismo lugar que recorriera su antepasado entre el 21 y el 25 de julio de 1909. Un Grimaldi paseaba su figura, 101 años después, por el mismo lugar donde su tatarabuelo estudió la evolución del hombre, una teoría revolucionaria entonces y que los más avanzados apuntalaban con la suma paciente de vestigios.

«Fantástico. Es mi primera visita a Cantabria», concedía el monarca monegasco ante el monolito de piedra (un gigantesco bifaz como el que empleaban nuestros antepesados para cortar la carne) en el que el jesuita y paleontólogo Teilhard de Chardin mostraba ya en 1913 su admiración por «los vestigios arqueológicos conservados en lo más bello del país». De Chardin llegó también hasta aquí siguiendo la senda abierta por el tatarabuelo de este soltero casi irreductible y carne de cañón para la prensa rosa. Pero Alberto es más que corazón-corazón. Es un perseguidor del rastro de sus antepasados y un hombre dispuesto a dejar huella más allá de la coyuntura de la sangre del minúsculo principado.

De Alberto I de Mónaco (1848-1922), por ejemplo. Este mecenas de las ciencias fue todo un príncipe de sangre azul aficionado a las expediciones marinas y a la oceanografía. De hecho, con 17 años ingresó en la Escuela Naval de Cádiz, donde obtuvo el grado de oficial, sirvió en la Marina de Guerra española y participó en operaciones militares en la Península y Cuba an-

Imágenes captadas entre el 21 y el 25 de julio de 1909 y que muestran al tatarabuelo de Alberto de Mónaco de visita en las cuevas cántabras, donde ayer estuvo el príncipe acompañado por el presidente Miguel Ángel Revilla.

:: NACHO ROMERO

:: JULIÁN MÉNDEZ

UN TESORO

La mano roja. :: EFE

▶ **Cueva de El Castillo.** Al borde del río Pas y descubierta en 1903, contiene evidencias de ocupación humana desde hace 150.000 años. En sus paredes hay dibujadas ciervas, bisontes, caballos, uros, signos y manos en negativo que serían las primeras representaciones simbólicas de los Homo sapiens (36.000-9.000 a. C.).

▶ **Cueva de La Pasiega.** Contiene una importante acumulación de animales pintados y signos.

▶ **Cueva de Las Chimeneas.** Pinturas en negro y grabados en arcilla. La de Las Monedas es la más espectacular por sus formaciones geológicas y sus cascadas de estalactitas. Todas en el entorno de Puente Viesgo.

▶ **Exposición.** Alberto de Mónaco visitó ayer por la mañana en Santander, junto al presidente Miguel Ángel Revilla, la exposición 'Las cavernas de la región cantábrica'. La muestra celebra el centenario de las excavaciones en El Castillo.

tes de enrolarse en la Marina francesa y combatir contra las tropas prusianas. Conocido en vida como el 'Príncipe navegante', Alberto I exploró el archipiélago Svalbard en el océano Glacial Ártico, otorgó su nombre a bahías y ensenadas y hasta ayudó a los pescadores galos a buscar nuevos caladeros para pescar sardina: tras su rastro visitó Galicia en el buque 'Hirondelle'. También mostró un gran interés por los orígenes del hombre, fundando en París el Instituto de Paleontología Humana.

Erudito y aventurero

De hecho, su actual director, el francés Henry de Lumley, acompañó ayer al príncipe monegasco y le ofreció detalles de primera mano sobre la riqueza paleontológica de las cuevas de El Castillo, La Pasiega y Las Chimeneas. «Alberto II es un todo experto. Nadie que no tenga verdadero interés hace este tipo de visita», explicaba el actual director de las cuevas, Marcos García Diez.

Alberto de Mónaco parece seguir la vertiente erudita y aventurera de su tatarabuelo. Si en 2006 llegó al Polo Norte, visitó una sauna rusa y se azotó la piel con las preceptivas ramas de abedul, en enero del pasado año, el hermano de las princesas Carolina y Estefanía alcanzó el Polo Sur acompañado de Mike Horn, uno de esos aventureros chalados que lo mismo atraviesan el Amazona en piragua que dan la vuelta al mundo en velero. Horn es sudafricano, como la prometida de Alberto II, la nadadora Charlene Wittstock, con quien contraerá matrimonio en julio de 2011 en el Palacio Grimaldi.

En cierto sentido, Altamira, una de las más famosas cavernas del mundo, es responsable de la visita real de ayer. Cuando a principios del siglo XX Henry Breuil confirmó la autenticidad de las pinturas de la cueva, los exploradores se lanzaron sobre la cornisa cantábrica para descubrir nuevos asentamientos. El monegasco Alberto I recibió buenos informes sobre la zona de Puente Viesgo y decidió colaborar con 9.000 francos, un buen pellizco en la época, al éxito de las excavaciones. Fue Herminio Alcalde del Río, director de la Escuela de Artes y Oficios, quien, tras preguntar a los lugareños, localizó la entrada de El Castillo. «Es un buen sitio para que se asiente el hombre, las cuevas están a mitad de ladera, con agua, visión de la caza de todo el valle y en una zona de fácil acceso. Dentro hay evidencias de ocupación humana desde hace 150.000 años», presume Marcos García Díez.

Marcos García Director del complejo

«Alberto de Mónaco es todo un experto. Hay que tener interés para venir»

Alberto Alejandro Luis Pedro Grimaldi Kelly recorrió durante más de una hora el interior de la cueva de El Castillo. Se detuvo de forma especial en una mano en negativo (obtenida soplando polvo rojizo a través de un hueso o de una caña) que es la seña de identidad del yacimiento y fue realizada hace unos 30.000 años.

También pasó largo tiempo observando los animales representados en los 760 metros de paredes, un verdadero inventario sobre los compañeros de los hombres de las cavernas como ciervos, rinocerontes peludos, leones de las cavernas, panteras y la figura de un mamut. Alberto de Mónaco caviló asímismo sobre los signos (conocidos como los enigmáticos o los indescifrables) que decoran un reservado del yacimiento: palotes, estructuras cuadrangulares, puntos que forman cruces...

Antes de dirigirse al balneario de Puente Viesgo para el almuerzo, el hijo de Grace Kelly se detuvo a contemplar el «muy hermoso paisaje», dijo, que se divisa desde la explanada de acceso al yacimiento. Un lugar que, de hecho, se excava cada verano en busca de nuevos restos.

«Esta visita tiene una importancia histórica», resumían Susana y Estela González y Cristina Díaz, guías del complejo rupestre. «Y no sólo porque venga un príncipe. Aquí han estado Urdangarín, Guti, Barbacid, Antonio Mercero, Jane Goodall, la antropóloga que inspiró 'Gorilas en la niebla'. Y Alaska excavó la cueva». Los trabajadores saludaron y se fotografiaron con el príncipe. «Es cordial y amable. Nos ha dado la mano a todos», señalaron luego.

La comitiva, a bordo de Mercedes Vito plateadas, se llegaron luego hasta el balneario, antiguo punto de concentración de 'La Roja'. Los veladores del jardín aparecían copados, como de costumbre, por parejas de edad, algunos de guardia, a lacaza del famoso. «Venía muy sencillo. De camisa», resumía una mujer de Torrelavega.

A la vista del centenario magnolio, Alberto de Mónaco y su incipiente tripita, dieron cuenta de un menú compuesto por ensalada de bogavante, flor de calabacín en tempura rellena de centollo, lubina de roca en costra de sal, solomillo con hígado de oca, crujiente de leche frita con helado de queso de Villacarriedo y hojaldrea, cava Anna de Codorniú, tinto crianza y rosado de Campillo y un blanco cántabro, el Casona Micaela. A las seis, el príncipe regresó a Mónaco en su jet privado.